

N° 18

ESTAMPA DE LA VIDA INCENDIADA

La causa pudo ser algún descuido,
una tormenta seca, la homicida
mano de quien no entiende que la vida
es un don superior. Cada quejido

de un monte generoso y abatido
nos rasga las entrañas. No hay salida
a tanta destrucción, a tanta herida,
a tanto corazón ya derruido.

El monte ardió, y ardió como si fuera
el infierno al alcance de una mano
al que estábamos todos condenados.

Un lamento encendido todo era
entregado a la fragua de Vulcano
donde purificar nuestros pecados.

Queda el monte vacío, sobre el suelo
una alfombra enlutada de ceniza
sepulta un aguilucho que agoniza,
roto su nido, quebrantado el vuelo.

Miró sus ojos, hallo el desconsuelo
y encuentro un condena arrojadiza;
la vida cuarteada se desliza
en una sucesión de rabia y duelo.

Sólo queda un silencio que devora,
un paisaje de pinos calcinados
y un recuerdo de luz y de alegría.

Y al mirar lo perdido se valora
la virtud de estos montes destrozados,
su paciente labor de cada día.